

## **EL Espejo de Tinta y Alcanfor**

**Raimundo Castro**

Pudo haber ocurrido ayer mismo, pero hace más de tres lustros que pasó. Fue a primeros de los noventa. Cuando el señor González, el Felipe ése, no se iba ni a la de mil. Tiempos en que la oposición conservadora sermoneaba lo mismo que ahora. Que si había que ser más duro con los terroristas, que si debían cumplir las penas íntegramente y no como hasta entonces, que si qué más daba que fuera por culpa de las leyes de aquella dictadura franquista que, al parecer, nunca existió. En fin. Que si tal y tal, como cacareaba por entonces un tal Gil y Gil.

Muchos de aquellos dirigentes de la que llamaban derecha civilizada, a saber en comparación con qué, repetían teatralmente lo que había dicho su líder, don Manuel, diez años antes. Aquella delicadeza de que lo mejor que se podía hacer con todos los etarras era colgarlos del palo mayor de un barco. Pero lo decían por decir. Porque los más listos no pensaban en eso. Lo utilizaban para conseguir lo que les preocupaba de verdad, verdad, que diría el castizo. Lo de ayer, hoy y mañana. Lo de siempre. La recuperación del poder. Y al precio que fuese. Sin recato.

Porque recuperarlo era, más que una costumbre, que también, una sincera necesidad. Nada de vicios, como pensaban muchos. ¡Qué iba! Sus familias llevaban trescientos años gobernando España y necesitaban mandar casi tanto como respirar. Era cuestión de vida o muerte.

Lo que sucedió lo supo Abel Ruiz al detalle, de primerísimo mano porque se lo contó el propio afectado, Argitsu Carnicero, su compañero de vinos y cubatas. Amigo a pesar de todo. Especialmente a pesar del oficio. Porque él, Ruiz, era un acreditado plumilla parlamentario de cuadernillo en ristre y alcachofa en flor. Y Carnicero, su contertulio, tenía la obligación salarial de ser su contrario, su rival. O sea, de impedir que averiguase la verdad o venderle la de los suyos. Más o menos.

Carnicero cobraba como asesor de un ministro sociata que por entonces resultaba tan desconocido como ahora. No porque fuese vago. Ni mala gente. En absoluto. De hecho, nadie se acuerda ni de la cartera que ocupó. Dicen que el problema fue que resultaba demasiado listo para la prensa. Que lo hacía bien. Y, claro, que no daba juego. Ya se sabe. Lo de siempre.

Argitsu Carnicero era un hombre tranquilo que no se metía con nadie. Había aprendido la más dura de las lecciones que puede aprender un hombre. La de la humildad. Cambió de vida. Rectificó a fondo. Aceptó formar parte de la plebe. Nada de vanguardias ni de leches. Ser uno más, ayudar a cambiar el mundo desde el combate contra la más que sería posibilidad de que el mundo le cambiase a él. Para mal, por supuesto. Quiso ser buena gente.

Renunció a ser un revolucionario profesional. ¡Qué decía! A ser, a secas, un revolucionario. No porque creyese que no era necesario. Que a saber. Pero no entraba en eso. Decidió que si había que hacer la revolución le tocaba a otra gente, otra generación. Sólo sabía que se había hecho mayor. Y, sobre todo, que se había equivocado de método hasta el fondo.

Nació donde nació. Pues valía. Tocaban ajo y agua. Fue en Euskadi. Bien. No tenía nada contra la tradición, las costumbres de sus mayores, el deseo de ser

una piedra más en la casa del padre. La lucha contra Franco adquirió dos dimensiones. Por la independencia de Euskal Herria y, al mismo tiempo, por el socialismo. Eran premisas inseparables, se dijo. Sólo el socialismo conllevaría la libertad del pueblo vasco.

¡Jodé!. ¡Qué tiempos tan bonitos! Sobre todo si los mecanismos de respuesta no hubieran sido tan siniestros. Porque eso fue lo malo. Que la única alternativa atractiva, por los sesenta, acabó siendo la que fue. Instituto Peñaflorida de San Sebastián. Generación de los setenta. Por lo menos salieron diez futuros alcaldes de Herri Batasuna. Y un puñado de etarras sin cuento. Milis y poli-milis. De todo.

A él, Argitsu, le tocaron los buenos. Fue un decir. Pero no quedó mal. Porque los suyos aprendieron pronto la lección. Se incorporaron a la política democrática y parlamentaria y acabaron siendo diputados autonómicos, senadores e incluso europarlamentarios en las filas del PSOE y el PNV. ñBay, bay, violencia, baiö, dijeron a los cuatro vientos que inspiraron a Chillida. Y hala, a roéla que repitió el castizo. A ganarse el pan de cada día hostia a hostia. Se creyera o no en dios.

Y ahí estuvo la cosa. Que eso. Que a él, Argitsu Carnicero, le tocó un sueldillo en Madrid. Y como había estudiado en la Complutenseí Pues ya se sabía. Que si conocía el terreno, que quién mejor, que tenía que echarle una mano al dirigente reciclado. Tuvo suerte. Con la distancia le resultó más fácil que a los otros incorporarse a la vida normal. No iba a decir nombres. No era quién. Pero ¡joder qué historias!

Era comprensible. Menganito se había pasado la vida, desde los diecinueve, conduciendo los coches de los atracos. Y ahora, con la paz, no sabía qué hacer. Le

negociaban el curro en una fábrica y se moría de angustia a la semana. Pero no por madrugar. Ni mucho menos. ¡Qué va! Si lo que le gustaba como un chupa-chus era mañanear. Pero para asaltar un banco. O para salir huyendo de la poli. Hasta para echar un polvo. Para cualquier cosa menos para ir a la fábrica. ¡Qué mal le sentaba! Pero en fin. Mejor no contar cómo acabó.

O aquel otro, ¡pobre Patxi!, que cruzó la muga a los diecisiete sin haber acabado ni el bachillerato. Una vida de héroe antifranquista, de combatiente contra la dictadura y, ¡táte!, el palo de la vida cotidiana en libertad. Cuando llegó la democracia y se disolvieron los suyos, los violentos, no supo qué hacer. Su esposa había sido una militante feminista. Se enamoró de él por los cojones que le echaba a la vida, por su entrega revolucionaria. Pero, en la paz, ella alcanzó la dirección del nuevo partido. En cambio, él se hundió como pistolero sin pistola, activista en paro. Y ya estuvo. Otra vez el método. El puto método acabó jodiéndola. La violencia invitó a copas a la violencia y la borrachera le arrastró al suicidio. Patxi se cagó en dios y le disparó al cielo. El de su paladar.

También ellos fueron sus amigos. Habían soñado juntos con una Euskadi libre y socialista. Pensaron, al fin, que lo importante eran las personas y la democracia. Y supieron que para cambiar Euskadi había que cambiar también España. Y Europa. El mundo entero. Y, sobre todo, había que ser humildes. ¡La hostia de humildes! ¡Qué bonito!

Fue complicado soportar el cambio. Aunque él, cuando menos, acabó allí. En aquel ministerio gris de ministro gris donde, sin embargo, había tantas pequeñas cosas por hacer. Fue por eso por lo que aparcó tanto su culo en el edificio de la plaza de las Cortes, el nueve, ese gueto particular donde los responsables de los grupos parlamentarios tramaban las de Caín sin dar gritos para que no les

oyeran ni los adversarios de las plantas altas, ni los de las bajas, ni los de al lado, los suyos. Que a saber.

Así que... Caña por aquí, vino por allá y el cubata del atardecer por acullá, el caso fue que la vieja guardia, con el tiempo, acabó haciendo peña. Luego, dentro del grupo, cada cual espesó la intimidad con quien terció el azar. Y Argitsu Carnicero y Abel Ruiz acabaron haciéndose amigos. Más que amigos. Confidentes.

Por eso Carnicero le contó la historia tan a pelo. Todavía le temblaba el papo cuando lo repetía. El cuerpo sanchopancesco se le desmigajaba cuando pronunciaba cada palabra. Fue en Semana Santa. ¡Sería hijo de puta! Pérez se lo había pensado bien. Nadie le echaría de menos. ¡Qué cabrón!

Quería tomar un taxi, recordó, para evitar la sudorina insufrible del retorno a su carraca, un Renault cinco tan renovable que no valía ni para el Plan Renove. Era amarillo y lo había dejado al sol toda la mañana. Pensó que después de esa comida de despedida, tanto vino, el cava, las dos copas heladas de Calvados, se derretiría en su interior si lo cogía. Se le empaparían la camisa, los calzoncillos, todo. Por eso eligió el taxi. Y porque, si tenía suerte, le podía tocar uno con aire acondicionado.

Se quedó a la sombra del toldo de una tienda, de espaldas al escaparate. Pensó en las vacaciones. Se iría, pensó, al sur. El SUR. Así, con mayúsculas. A ver si metía los pies en un mar caliente. Donde fuese.

Esperó a que pasara un coche vestido de Rayo Vallecano, de los nuevos, blanco y franja roja, con pintas de flamante perdedor. Dejó que pasaran los cuervos vacíos, dos hodómetros repintados a la vieja usanza, de luto riguroso. Y venció a la tercera.

Era un coche yogur, sí, con la lucecita apagada en el alero diestro, con su cartel de libre, já, de libre, qué ironía. Levantó la mano. Se fijó. Era extraño. El conductor no estaba solo. Las ruedas chirriaron como si la goma desgarrase el asfalto. Se asustó. Un hombrecillo con peluca y bigote de mentirijillas brincó desde la puerta trasera del vehículo. Llevaba una pistola. Era enorme, una Browning de esas famosas efe-ene-ge-pe. Como las de las películas. Sólo que Bogart era otro asunto, algo elegante. Ese hombre, en cambio, era bajito y cuadrado. Y hacía el ridículo con ese pistolón tan grande como su antebrazo. Iba tan hortera que ni los de saldos Arias. Vestía vaqueros de campana, camisa verde con rayas marrones y unas gafas de sol tan escandalosas que bien pudo habérselas robado, en un tumulto, a la duquesa de Alba. ¡Menudo secuestrador pasando desapercibido! Claro que si hubiera vestido de payaso y calzado unos zapatos del sesenta y cuatro, a él le habría dado igual. También hubiera obedecido sin chistar.

Le metió a empellones en el asiento trasero. Las ventanillas estaban cerradas. ¡Qué calor!, se dijo. Pero le distrajo aquel cartel. M-30 SUR. Otra vez SUR. Y, de pronto, sintió el pinchazo en el antebrazo. ò¡Quiétooo!ö, gritó el del bigote postizo, así, acentuando la e y alargando la o como en canuto. El cañón de la pistola le cosquilleó la nariz. ò¡Hostias, morfina!ö, dijo para sí. ò¡Menudos piraos!ö Y al fin, serenándose, drogado el seso, sosegado el coco, vio que el cogote del conductor amarilleaba y se desvanecía. Y sintió que detrás de los cristales del vehículo todo era como en aquella playa que le gustaba tanto de pequeño, cuando dejó que el sol le atravesase los párpados y, al abrirlos, el mundo fue completamente azul. Y parecía velado.

Fue entonces cuando, creyendo soñar, soñó con el 23-F.

Habían pasado diez años. Estuvo allí de casualidad. Su ministro no era entonces su ministro pero le había colocado, para empezar, como asesor jurídico del Grupo Socialista. No hacía ni dos semanas. ¡También tuvo bemoles la oportunidad! Como no conocía a casi nadie, deambulaba por el pasillo principal. Se había entretenido mirando las alfombras recién remendadas por las muchachas de la Real Fábrica de Tapices. Las recordaba perfectamente desde el primer día que entró en el palacio. Se había fijado en que las blusas y los vaqueros sobresalían de sus guardapolvos celestes. Se inclinaban sobre los estropicios, reparando las fibras quemadas por los cigarros o machacadas por el tiempo. Pasó a su lado sin que se dieran cuenta. Pidió perdón y saltó a derecha e izquierda. Para sortearlas. Pero no se inmutaron.

Los diputados votaban en el hemiciclo la investidura del gafe mayor del reino. Ese al que algunos ya llamaban el innombrable. Con razón. Prefirió no asistir a las votaciones porque todo el mundo conocía el resultado. Estaba junto a la puerta giratoria, frente a los ascensores, cuando entró aquel tipejo uniformado. Se sujetaba el tricornio con la mano izquierda y en la derecha llevaba una pistola semejante a la del hombrecillo fornido que seguía secuestrándole mientras soñaba. Un instinto primario, sanferminesco, le hizo dar un brinco y correr hacia el Salón de los Pasos Perdidos. Huyó camino de la cafetería que daba a la puerta de los leones, aquella tasca que acabó cargándose Gregorio Peces Barba para destripar de una vez por todas el pasillo de cortinones rojos que fabricaban los ujieres entre las mesas y la barra para ocultarlas cuando entraban los reyes los días solemnes. Se fue allí porque sabía que estaba llena de gente y había pensado en eso, en que el toro entraba al ruedo y arremetía contra todo. Se imaginó aquel grupo de jóvenes tumbados en medio de la arena, la lotería del riesgo. Alguien recibiría un puntazo

en una pierna, sufriría una conmoción, se quedaría desnudo en medio del alboroto. El toro cornearía a los últimos, en el borde del círculo humano. Daría vueltas pisoteando ese corazón de muchachos que se aplastaban entre sí huyendo de las astas. Y al que le tocara, le tocó.

Era lo mismo. Correr hacia el bar, meterse entre muchos, tener una oportunidad. Un tiro por persona. Quizá dos. Cada cornada, un tiro. Jugar en masa a esa peculiar ruleta rusa. Todo está perdido si estás solo. Siempre hay una oportunidad si se es paquete. Nunca hay balas para todos.

Y él gritó: ¡El golpe, el golpe! Ni siquiera un golpe. Era el golpe. El que estaba cantado desde hacía meses. Y otros asesores, algunos periodistas, los escoltas, pensaron que eran etarras disfrazados. Pero él no. Porque eran guardias civiles y él temía su uniforme, los tricorrios, la brutalidad. Porque era mentira eso de que se teme más a lo desconocido que al horror inmediato. A los gatos escaldados les asustan más las llamas que los charcos.

Creando soñar, contó Argitsu Carnicero, soñó que estaba otra vez en aquel despacho vacío, tumbado en el suelo con las manos en la nuca, como todos los demás, el Puti, el veterinario, otros funcionarios y periodistas. A Julián Lago estuvieron a punto de matarlo de un susto cuando le hicieron ponerse en pie. Creyó que iban a por él. Pero no. Le preguntaron si era escolta y si iba armado. Y le volvieron a ordenar que se tumbase.

La tarima estaba fría. Sabía a polvo como la hierba seca de los campos de fútbol. Por la ventana abierta, el frío febrero se reía de él. Le insultaba. Los minutos fueron largos. Y si hubiera podido recordar todo lo que imaginó, Proust se quedaría corto. Pero sólo quedó en la memoria lo admisible. Lo demás pasó al

subconsciente. Sobre todo, aquel sentido alucinado de la vida y de la muerte que nunca dejó de experimentar desde que tuvo uso de razón.

Le iban a matar, había pensado entonces. Iban a llevarle al Bernabeu o tal vez al Calderón, que estaba más cerca. Y allí esperaría, como en Santiago de Chile, desaparecido, con su pobre padre intentando ayudarlo, corriendo el riesgo de ir también a la cárcel porque, a diferencia del dolido Horman que interpretaba Jack Lemmon en la película de Costa-Gavras, él era español y estaba en España. Le molerían a palos en la salida de vestuarios antes de rematarle con un tiro en la sien, después de haberle preguntado por los nombres y las direcciones de sus amigos rojos, todos rojos, separatistas, terroristas, cabrones. Y pensaba que ni eso, que iba a morir solo, jodida, sórdidamente. Que aquello no tenía nada que ver con aquel sueño adolescente en el que caía encabezando una manifestación, envuelto en la bandera roja, sonriéndole con valentía a la dama de la guadaña mellada.

Era la leche. Iba a morir estúpidamente por algo tan increíble como lo que había sido. Él, que ya no era ni asomo de lo que fue. De cierto, sus secuestradores, seguro, ignoraban que hacía lo justito por la causa. Si supieran, lo tendrían claro. Iban a matar a un muerto y al muerto le daba miedo. ¡Menudo cachondeo! Un muerto que intentaba convertir en verdades ilusorias las falsas ilusiones de los poderosos. ¡Qué desatino! Era la releche. Y más.

Afortunadamente, explicó Argitsu Carnicero, su fuerte constitución física le permitió despertar un poco antes de que la autoflagelación onírica resultara insoportable. Y cuando se encontró tumbado en el colchón del zulo, la realidad le arreó tal patada de adrenalina que dio un bote y se quedó en cuclillas sin saber ni cómo.

Poco a poco, por las voces y los ruidos que le llegaban, comprendió que estaba en una casa vieja que tenía más de un vecino. Se oían voces lejanas rebotadas por los patios interiores. Había cruzado la puerta de un domicilio cuya división de estancias aunaba un largo pasillo. El piso parecía un rectángulo en el que las habitaciones se distribuían como las agujas de un peine. Pero guardaba una sorpresa. A la izquierda de la entrada principal se extendía un despacho cuya pared de fondo parecía dar continuidad al muro maestro. Engañaba a la vista. Los estantes de una biblioteca incrustada en ella ocultaban la entrada al cegado e insonorizado habitáculo en el que le habían encerrado. Y nadie podía sospechar que él estaba allí por la sencilla razón de que quien visitase el domicilio ni siquiera imaginaría la existencia de ese cuarto. ¡Tenía narices! A esas alturas, tras tanto desengaño, sólo creía en los libros. Y los libros, precisamente sus queridos libros, ocultaban el jodido escondite.

Se hizo de noche varias veces pero lo ignoró porque le quitaron el reloj y le dieron de comer siempre lo mismo. Pasaron los días sin que supiera cuántos. Y soñó. Porque cuanto más encendían la luz eléctrica y le ofrecían latas de conserva y agua con mucho cloro, más se convencía de que estaba soñando. Aquello no podía ser. Se reía bajito. Y se cagaba en la madre que los parió a todos. Pero nada.

De vez en cuando recurría a la desmemoria. Fue entonces cuando se convenció de que el olvido es una maldición cuando lo sufren las sociedades y una bendición cuando se lo aplica, como bálsamo, cada ser humano. Pero no había olvidado cómo pensaba en cosas intrascendentes. Para despistarse. Por lo menos, jé, se dijo, podía hacerle la comida alguien como Arnaldo Otegi. Se contaba que fue el cocinero de Javier Rupérez cuando le secuestraron los poli-milis. Y que le preparaba merluza en salsa verde. ¡Qué gilipollez! Pero sólo de pensarlo. No es

que estuviesen mal aquellas sardinas en escabeche. Se hacía un bocadillo y sabían de puta madre, desde luego. Con el pan empapado en el aceite quedaban muy jugosas. Pero no era lo mismo. ÑNos ha jodido mayo con las floresö, se decía. Y con el día cuarenta.

Una vez, los mejillones picantes le dieron acidez de estómago y fue peor que si le torturasen. El dolor le hizo recuperar la lucidez y se consoló pensando que, en el fondo, todos los hombres del mundo estaban secuestrados. Como él.

Para volver a distraerse recordó, entonces, las tareas pendientes. Por ejemplo, preguntarle a Felipe Guerra cómo leches se habían esculpido los leones en 1860 con los sólo 130 quintales de bronce que le pidió el Congreso al ejército de Marruecos. El amigo archivero le había contado que, aunque los dos tuvieran melena, según los documentos oficiales eran macho y hembra. La leona pesaba 3.666 kilos y el macho 3.474. Y claro. Que no. Que, sumados, daban 7.140 kilos. Lo calculó muy bien. Las cifras no cuadraban. 130 quintales, a 45 kilos por quintal, daban 5.980 kilos de bronce. En fin, que no. Que no daban de sí. Que allí sobraban kilos y a ver de dónde habían salido.

Pensó en Felipe Guerra. ¡Qué tipo tan grande! Se ponía a rebuscar en los archivos y lo encontraba todo. Incluso descubrió, escondido en el sótano, un busto de Franco pintado con purpurina al que le bailaba la cabeza. ¡Qué cosa tan fea, redios! Merecería una cita en ese eterno Celtiberia Show que sigue escribiendo el maestro Carandell mientras acomoda el codo en la barra del limbo de los justos.

Si no le mataban, averiguaría por qué la bóveda del Salón de los Pasos Perdidos, el oficialmente llamado Salón de Conferencias, estaba llena de símbolos femeninos de la República. Suponía que serían de la primera, por las fechas en que lo pintó Vicente Camarón. Pero a saber. Y también preguntaría por qué Franco no

había borrado la docena de cuadros que representaban a los reinos de León, Castilla, Aragón y Catalunya junto a las provincias de Jaén, Sevilla, Granada, Córdoba, Navarra, Valencia, Murcia y Canarias, aquella concentración de coronas murales bajo la que habían conspirado tantos traidores a las dos repúblicas, empezando por él mismo.

Mientras esperaba acontecimientos, se distraía pensando en esas cosas. En chorradas así. Por qué ponía *Salida* en las puertas altas del hemiciclo por las que se accedía a la cafetería privada de sus señorías, de acceso prohibido a la prensa. Dónde daba aquella puerta falsa del vestíbulo por la que al parecer se llevaban a las personas que se detenían dentro del palacio, la que desembocaba en la antigua comisaría de la esquina entre Zorrilla y Fernanflor y acabó convirtiéndose en la embajada del gobierno canario. En fin, hubiera deseado conseguir las respuestas de preguntas como por qué no ponían un timbre de llamada al voto en el Bar Manolo, siempre lleno de diputados de todas las tendencias que se escapaban a tomar el café y corrían el riesgo de ser multados por sus jefes de fila. O por qué pusieron asientos que torturaban a los clientes regorditos, como él, en su querido restaurante de La Ancha. Y, sobre todo, le hubiera gustado llegar a leerse al menos cincuenta de los cien mil títulos que guardaba la hermosísima biblioteca del Congreso y haber tenido un poco más de tiempo para esnifar el barniz embriagador de sus estantes de cedro y de caoba. ¡Menuda gozada!

Llevaba el tiempo suficiente para que todo eso, ahora, con los ojos perdidos en aquel techo liso, la bombilla desnuda, la mancha de humedad, le pareciese la esencia del universo. Lo sencillo, lo efímero, lo chico, se sustanciaban ante la presencia de la muerte. Podía recordar con precisión aquellas tres bolas de papel que giraban sobre el asfalto, atrapadas por un remolino de aire. Y que, siendo un

**muchacho, pensó que la vida de los hombres podía ser así, un giro incesante sobre ese metro cuadrado de gravilla, el golpe del papel contra las aceras, el movimiento imparable del viento que produjo un accidente de la naturaleza al que los pretenciosos humanos llamaron desde siempre Anakaé, el sino de los seres y las cosas.**

**¡Cómo le gustaría jugar una partida de ajedrez ahora que comprendía el valor de la paciencia! Siendo adolescente siempre le pasaba lo mismo. Se aburría y quería comerse al rey enemigo cuanto antes. Las prisas le derrotaban. Perdía por querer acabar con rapidez. Y no aprendía nunca. Nada.**

**Ahora sí. Ahora era un tardío descubridor del cuajo. Se sintió gilipueñas por meditar en ello. Su impaciencia siempre provocó la risa de las personas a las que quiso convencer de su valía personal. Iba siempre por ahí descubriendo sentimientos que ya descubrieron los romanos antes de que fueran olvidados por los griegos. Y no espabilaba. Hasta en el gusto por los imperios precolombinos, se dijo, había demostrado su gran estupidez. ¿A quién se le ocurría, aunque fuera sin presuntuosidad, empeñarse en conquistar lo ya olvidado? ¿A quién se le ocurría presentarse ante los demás como un nuevo Newton cuando todo estaba descubierto menos las menudencias, cuando se había cartografiado hasta la selva? En lo irrelevante habría encontrado mil universos por explorar. Pero se había empeñado en perseguir lo enorme y se quedó pequeño. En el fondo, se dijo, era un petimetre grandilocuente. El veleidoso Argitsu Carnicero, el grande hombre de la masa media que algún día saldría en los periódicos porque a cuatro cabrones les dio por secuestrarle y le libraron cuando se dieron cuenta de que no servía para nada. ¿O no lo liberarían?**

Podían pegarle un tiro. Si seguía obstinado en no soltar prenda, por si las moscas, podía ser que le liquidasen y no se enterase ni siquiera del motivo por el que estaba ahí, cepillándose los dientes frente al espejo, absorbiendo la menta como si fuera el oxígeno puro que pudiera liberarle de la asfixia. Podría, pensó, pegarle un puñetazo a la pared o joderles el invento a esos hijos de la gran colgándose de su propio cinturón. ¡Jodé, qué putada!. Sonrió. Que antes de que le rematasen estuviera pendiendo del techo. O del picaporte. O de lo que pudiese. Sacándoles la lengua.

Pero lo pensaba y le crecían el miedo y la vergüenza. ¡Porque ahora reparaba también en lo fácil que le había resultado, de joven, reírse de los suicidas. ¡Pobre gente! Algunos lo hacían tan mal, recordó, que se tiraban del viaducto y caían de pie. Los huesos de las piernas se le salían por el cuello sin acabar de morir. De otro dijeron que se había tirado al tren por San Andrés, en León, y que le cortó las piernas. Pero sobrevivió. ¿No saben matarse?, había comentado él, entonces, con sorna insana y pedantesca.

Encerrado en su prisión particular, inexplicablemente inmóvil, con los ojos cerrados, Argitsu se dio cuenta de verdad, crudamente, de lo difícil que debe ser matarse. Y prefirió no pensar en ello. ¿Por qué no se miró al espejo y se dijo a sí mismo, en ese instante, aquella gracia que le electrificaba los pelos de la nariz cada vez que pensaba en ella? Que mirase. Sólo tenía que forzar unas cuantas palabras. Bastaría comentarle a ese espejo de vidrio irregular, mientras miraba la espuma del dentífrico que rodeaba sus labios como si tuviera rabia: ¿Hostias, qué broma, Argitsu. Esos tíos se han equivocado de persona. Tendría gracia, ¿eh?

Pensó que debía distraerse. Pero las preocupaciones le hacían pensar obsesivamente en lo mismo. Cárcel, encierro, muerte. Y en algo peor. ¡Pero qué

coño hacía él ahí, inmóvil, aterrado, enclaustrado por la fuerza en una habitación de mierda, sin saber si quien le había cogido era de la extrema izquierda o de la extrema derecha! Aunque eso era lo peor. Que podían ser de cualquier bando y que no le valdría de nada intentar demostrarles que se habían equivocado. Se arriesgaba a cagarla de cualquier manera. Por eso, lo mejor era mantenerse callado. Absoluta, rigurosamente callado.

Llegó a preguntarse que a quién se le ocurría ser asesor ministerial en aquellos tiempos tan complejos. Cualquiera podía pensar que sólo por eso se merecía lo peor. Por oportunista. ¿No fue un revolucionario consumado? ¿No había puesto a parir a la socialdemocracia? Entonces, ¿a qué venía estar en el grupo parlamentario socialista? ¿Para llegar a eso? ¿Por tener un poquito de poder? ¿Un buen sueldo? Podía ser para aportar su granito de arena como decían tantos. ¿De sabios es rectificar, se pregonó a sí mismo. Aunque ¿rectificar qué? Si dejó de creer en la revolución, incluso en las reformas profundas del sistema, era muy sencillo. Podría haberse dedicado a cualquiera de las cosas que sabía hacer de verdad. Pero si había dejado de creer en los hombres como un todo, si su ateísmo, ni siquiera agnosticismo, le llevó a pensar en cómo se pasa la vida, como se viene la muerte, tan a gritos, si optó por hacer un poco de Góngora y risisís, sisá, entonces todos los que le conocieron, pensó, hubieran esperado de él un gesto más hermoso. Por ejemplo, que hubiese entrado a tiros en un banco de provincias y se hubiese llevado la pasta a las Bahamas. O, peor, que se hubiese dedicado a la literatura... Pero meterse en el PSOE a la espera de ser director general para acabar diciéndole al funcionario de turno aquello de usted no sabe quién soy yo, eso sí que podía avergonzar a cualquiera de quienes le habían conocido.

Si lo pensaba bien, nunca terminó de madurar. Estaba desengañado de muchas cosas y andaba más tentado de seguir el cinismo provocador de Diógenes, el de Sinate, que de poner en práctica las máximas de Lenin. Pero le pesaba el pasado. Ni siquiera sacó conclusiones acertadas de su aprendizaje básico como pieza del poder. O como resabiado. Para no pensar en ello, recordaba cómo los periodistas se cachondeaban de los políticos citando a ese gran sátiro del diecinueve que fue Manuel de Palacios. En especial, los versos que publicó en *Chispas* por el noventa y cuatro: *POLÍTICA: arte ramplón/ que se aprende mal y pronto/ y en la española nación/ es constante ocupación/ de algún sabio y mucho tonto. /Tuvo por madre la intriga, /llamóla el favor amiga, /hiere una vez y otra halaga, /y según desune o liga/ lo mismo pega que paga. O lo que puso Muñoz Seca en su *Don Juan*: *La política es un lodo/ que rebaja, mancha y trunca. /Aquí se puede ser todo, /pero político, ¡nunca!**

Se reía solo. Porque siempre había una réplica. El rebote.

Los políticos ponían a caldo a los periodistas recitando el fin de la escena sexta de la gran *Luces de bohemia* del maestro Valle Inclán, don Ramón María. Cuando el carcelero, llavero le llamó él, sacó al preso para llevárselo a un *viaje de recreo* en el que la policía pretendía aplicarle la ley de fugas, el preso catalán se abrazó a Max Estrella y le dijo: *Van a matarme! ¿Qué dirá mañana esa prensa canalla?* Y Max le respondió, llorando de rabia e impotencia:

-Lo que le manden.

¡Menuda pandilla de unos y de otros! La condición humana era como era. ¿Qué se le iba a hacer? Pero aquel pulso valía como coña. Nada más. Él odiaba los estereotipos. Ni todos los políticos eran unos chorizos, ni todos los periodistas unos vendidos, ni los curas putos, ni los obreros benditos, ni los catalanes roñosos o los

andaluces vagos. Ni nada parecido. Cada persona era un mundo. ¡Qué decía un mundo! Era la humanidad por completo. Los hombres podían ser malos o bondadosos, dependiendo. O como decían en Torrealba, el pueblo extremeño de un obrero de la construcción que conoció en Rentería: ñTodos tenemos pelos en el culo, pero nadie ve los suyosö.

¡Joder con los hombres! Se cagaba en dios. Y en todas sus criaturas. Se le puso el pellejo como de esparto y medio. Podría rascarse el antebrazo con las uñas y saltarían chispas. Recordó: ñCon estas y otras razones perdía el pobre caballero el juicio y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo elloö. Volvió a recordar. ¡Cuánto bruto! Cuando en un pueblo de Guipúzcoa de cuyo nombre prefería no acordarse le retiraron el nombre de Cervantes a una calle, porque era español, quiso aprenderse el Quijote de memoria, en desagravio. Se quedó en el capítulo primero. Pero bueno. Lo dio por bien empleado.

Así que sí. Quizá estaba pagando el resultado de su inconsecuencia. Porque, aunque no existiese la justicia divina quedaban el accidente y la casualidad como jueces intolerantes que armonizasen su cosmos personal. Después de todo, se dijo, las fuerzas del universo toleran los extremos, por inasequibles, pero no las medias tintas. Y si había creído ser bueno y se hartó, debió elegir ser malo para equilibrar su eje existencial. Porque la medianía le jodió del todo. Anduvo en un trís de sentir asco de sí mismo. Y no era para tanto. De ninguna manera. Ni judeocristianismo ni hostias. Ya bastaba de autoflagelaciones. No era volátil. No dejaba que el viento le arrastrase. Los seres humanos, sentenció, construían su destino a fuerza de convicciones. Aunque fuesen equivocadas. Cuando los hombres dudaban, pensó, el

terrible dios Cronos resolvía sus interrogantes a lo bestia. Y era entonces, sólo entonces, cuando las Parcas se engendraban a sí mismas y tejían su triste porvenir.

Tenía que haber elegido. Simplemente. Haberle dicho al encapuchado que entró a darle Ducados o un poco de aquel Savin que se parecía al vino como el Dic al güisqui, que era de izquierdas y que estaba arrimando el hombro para transformar progresivamente la sociedad. Decirle esas y otras cosas semejantes. Porque, si eran de ETA, a lo mejor no le mataban. Porque nunca se sabía. Y si eran de extrema derecha le matarían de todos modos porque sabrían quién era. O quién había sido. Que a saber lo que resultaba peor.

Bien pensado, concluyó, le matarían de todos modos, fuesen de un extremo o del otro. Si se lo pedía la organización, los secuestradores le saldrían con aquello de que eran, como él mismo, como todo dios, unos mandaos. Y que si le habían secuestrado y recibían la orden de matarle, pues por algo sería. Y eso era lo peor. Que todas las organizaciones armadas acababan convertidas en lo que pretenden combatir, en aparatos de Estado autoritarios.

Hubo un momento en que Argitsu Carnicero pensó que podría decirles a sus secuestradores que desapareciesen de una vez por todas porque aquello era un sueño y quería despertar. Pero nada. Seguían allí. Y en otra ocasión, la más terrible, soñó que no era el secuestrado sino el secuestrador. Despertaba y antes de ponerse la capucha para entrar al recinto aislado, les decía a sus compañeros, sudando como un cerdo: ¿Sabéis. He tenido una pesadilla. Creí que era el de adentro. ¡El de adentro!

En el atontamiento que siguió a la duermevela rizó el rizo e imaginó que se le acercaba el jefe del comando y le decía que había sido el elegido, que tenía que ejecutar al condenado. Abel Ruiz comentó que a su amigo asesor le temblaba el

habla cuando lo contó por primera vez. Tomó el cargador, lo introdujo mecánicamente en la culata de la pistola, montó el arma y se acercó a aquel hombre que temblaba. Se espantó porque tenía su rostro. Pero le colocó la boca del cañón en la sien. Y disparó. La bala le entró por el oído de muy mala manera. Tuvo que rematarle.

Fue horrible, le dijo a Ruiz. Despertó y quiso gritar. Pero tenía la garganta seca y chinchetas en la lengua. Se destempló. Vomitó bilis. Se enroscó como un gusano. Nunca, dijo, se había sentido así.

Durante unos segundos siguió dudando, enfebrecido. No sabía si era la víctima o el verdugo. E ignoraba cuál de esas dos condiciones le espantaba más. La respuesta fue muy sencilla. Sólo por eso, porque dudaba, por ignorante, era la víctima. Lo soñase o no.

Le invadió una sensación lamentable, pegajosa, y se preguntó qué demonios podrían estar reclamando por él sus secuestradores. No tenía ningún valor. Si lo que pretendían era llamar la atención sobre algo concreto hubiera bastado con perpetrar un atentado. Cuatro tiros hubieran bastado para armar un espléndido alboroto. Aunque, para eso, hubiera sido más razonable atentar contra alguien con más peso político o institucional. Y si lo que pretendían era reivindicar algún intercambio de presos, conseguir dinero o algo parecido, pues eso, se habían equivocado de cabo a rabo. Él no era nadie. Ni siquiera un funcionario relevante.

No tenía ninguna lógica que estuviera allí. Era un disparate. Seguro que se habían equivocado. Segurísimo. Y, tal vez, lo mejor era actuar como ya había pensado. Echarle arrestos. Hablar. Revelar al menos quién era de verdad. Para lo bueno. O para lo malo. Porque incluso la extrema derecha podría dejarlo en libertad si demostraba que era un perfecto mindundi, un hombre irrelevante de

verdad. Miren ustedes, pensó decirle a los secuestradores. Él era un pobre asesor sin importancia. Soltero, sin pelias, de la Real. Que se imaginasen. Era el hombre menos indicado para merecer su atención. No tenían que perder el tiempo. Sólo podía ser un malentendido. Un error. Porque, si no, ¡a ver!

Incluso calculó el efecto que podría tener una conversación con los secuestradores sobre la violencia. Podían pensarlo bien. Ya no tenía sentido. Todas las ideas, identidades y creencias se podían defender en España libremente, con la palabra. Todo postulado, desde la independencia de un pueblo hasta, por el otro extremo, la aspiración al derrumbamiento de la propia democracia, podía defenderse siempre que no se recurriese a la violencia. No era que los tiros tuviesen justificación, que nunca la tenían. Pero contra Franco, porque no había democracia, se podía ser comprensivo con quienes pegaban tiros por ideas. Sólo que ahora, después de tantos años de gobiernos democráticos, no había por donde cogerlo. Y si eran de ETA, añadiría que Euskadi vivía una autonomía tan profunda que tenía su himno, su lengua, su fiscalidad, casi todo. No se podía matar a nadie sólo para poder decir que menganito de tal no era español. ¡Menuda tontería!

Se atrevió. Pero dijo òholaö en un tono tan inaudible que ni se oyó a sí mismo. Se calló de inmediato, no fuera que le oyesen. Hubiera estado bien. Fue bonito mientras lo pensó y le duró la euforia. Decirles cuatro cosas. Pero el silencio y la quietud volvieron a imponerse. Recuperó la cobardía. Decidió no hablar ni moverse, negarse a comer. Pero a los encapuchados les dio igual. No variaron su trato ni dejaron de ponerle la bandeja con el vaso de agua y la escudilla con pan y latas de conserva. Tampoco le dirigieron la palabra.

Afortunadamente, el pulso duró poco, el tiempo justo para que Argitsu Carnicero se preparase para lo peor. Pareció que el tiempo se detenía. El silencio se espesó. Y luego, inesperada, velozmente, se abrió la puerta de par en par, como si la hubiese forzado un golpe de viento. La luz estaba apagada y escuchó que entraba una persona que contenía la respiración y actuaba resueltamente. Por encima del hombro de aquel hombre, le enfocó una enorme linterna. Le cegó por completo.

Y Argitsu Carnicero sintió que le hervía el cuerpo. Pero ni siquiera tuvo tiempo de asustarse.

Dio un grito.

Consiguió una respuesta:

-No tema, señor Pérez. Somos la policía.

¿Policía? ¿Señor Pérez? Alucinaba.

Pero no.

Repusieron la luz de la bombilla y entonces se dio cuenta. Eran dos geos totalmente equipados. Parecían extraterrestres, soldados del imperio galáctico. El que entró primero le preguntó si se encontraba bien y le respondió que sí. Bueno biení Regular mejor dichoö, dijo.

-No se preocupe, señor Pérez óinsistió el policía-. Todo ha terminado. Los tenemos.

-Me llamo Argitsu Carnicero óconsiguió decir.

-¿Carnicero? ¡No me joda!

Le jodió. Pero quedó contento. Y él, Argitsu, se contentó más cuando se enteró de todo lo que había ocurrido.

Un comerciante, su vecino del quinto, el del ático ese que se salía, el que estaba lleno de arbustos, emparrado de glicinas, adornado con maceteros de adelfas y jarales, salpicado de claveles y de rosas, de jazmín. Ése, sí.

El pedazo de cabrón se la jugó de libro. Tenía pelás y familia. Y quería librarse de la mitad. De la familia, claro. La policía dedujo que le estuvo investigando tres o cuatro semanas. Le fotografió de todas las maneras. Y organizó el secuestro. Sólo que no el de Argitsu Carnicero. No. Fue el del empresario de la construcción Francisco Pérez. O sea, él.

Contrató a unos secuestradores colombianos en el mercadillo de Bogotá. Por entonces, los pistoleros iban y venían como Pedro por su casa. Hacían el trabajo, cobraban el rescate y desaparecían. Les dio todo lujo de datos. Incluso los reales sobre la bonanza de su empresa. Ocultó que tenía una amante, un pastujón en dinero negro, una mujer que le resultaba insoportable porque se casó con ella para contar con el capital del suegro, dos billetes de ida para Brasil y, en Suiza, una cuenta bancaria de cojón de mico. Sólo quiso rematar la jugada con otros cuatrocientos millones de pesetas. La puñetera ambición. La que unas veces te pierde y otras también. No como los pimientos de Padrón.

El caprípedo engañó a todo el mundo. Incluso a los delincuentes. Sabía que con ellos no se jugaba. Y no tenía pensado hacerlo. Pero la cosa se puso bien por causalidad y tuvo un detalle con su vecino. Un gesto que le salvó la vida.

A los mafiosos les adelantó el dinero del viaje y la estancia en Madrid. Les dijo que el secuestrable era aquel simplón que saludaba amablemente a todo el mundo cuando se cruzaba con los vecinos en el ascensor. Lo organizó todo en Semana Santa. Era el momento adecuado, les dijo. El Gobierno destinaba a la

mayoría de los polis a las playas del sur. A donde se robaba de verdad. Y Madrid se quedaba en pelotas.

Su intención era otra, claro. El cabrón de Pérez sabía que todo el mundo pensaría, con razón, que Argitsu, el auténtico secuestrado, estaría de vacaciones. Y nadie le echaría de menos. Ni por asomo.

Pedirían ochocientos millones de rescate. Era, y lo sabía, una cifra perfectamente asequible para la familia. Ellos, los malos, la pandilla, se quedarían con la mitad cuando lo cobrasen. Y después del reparto cada cual tiraría por su lado.

Pero las previsiones se torcieron. Para bien. Cuando se vio en el aeropuerto, a un minuto del embarque, el tal Pérez, ya tranquilo, generoso, llamó por teléfono a los polis. Les dio el cante. El secuestrado Pérez estaba en el piso tal, calle cual, allí, por donde la Cuesta de San Vicente. Pillaron a los pandilleros con su parte de la pasta justo antes de que matasen a Carnicero. El vecino falsario le salvó la vida. De milagro. Por los pelos. Un detalle.

Las autoridades se dieron con un canto en los dientes porque no hubo follón político, detuvieron a los delincuentes y recuperaron la mitad de la pasta. El Pérez ese, como el ratoncito del mismo nombre, se puso hasta el diente sin dejar señal. Y la única que lo lloró de verdad fue la esposa. ¡Bendita mujer! Todavía le quería. Por lo listo que era, dijo. Tuvo fundamento.

Él, Argitsu Carnicero, volvió a su casa y luego a su trabajo y luego a la rutina de las cañas, los vinos y los cubatas. Y cuando le repetía la historia al pobre Abel Ruiz, que estaba harto de oírla, decía que eso, que qué mal rollo el de su mundillo. Toda la vida pensando en política, dándole vueltas a la política, hablando de política en las comidas, en los bares, en las discotecas, antes de entrar

al cine, al salir, con los compañeros, los amigos, la familia. Y la realidad estaba ahí, bullendo en el puchero, desbordándoles.

Políticos y periodistas, sentenció, vivían en un mundo demencial. Los primeros hablando para los segundos y los segundos escribiendo para los primeros. Y la gente normal sin enterarse. Dedicada a sus cosas, aburrida, pasota. Y el mundo dando vueltas. Avanzando siempre hacia el mismo sitio.

Y que eso. Que pudo haber ocurrido ayer mismo, pero hace más de tres lustros que pasó.